



Sabios ignorantes y felices

*Lo que los
antiguos escépticos
nos enseñan*

**Daniel
Tubau**

Ariel

Daniel Tubau

Sabios ignorantes y felices

Lo que los antiguos escépticos nos enseñan

Ariel

Primera edición: mayo de 2023

© 2023, Daniel Tubau

Derechos exclusivos de edición en español:

© Editorial Planeta, S. A.

Ayda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

www.ariel.es

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-344-3626-8

Depósito legal: B. 7.634-2023

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque

sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este

libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía

creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar

o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la

web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.



Sumario

<i>Introducción: ¿Por qué el escepticismo?</i>	11
1. Pirrón, Anaxarco y los filósofos desnudos de la India	35
2. Arcesilao, el primer escéptico académico	55
3. Un poco de metafísica y unas gotas de epistemología	101
4. Los orígenes del escepticismo	129
5. Maneras de discutir y discrepar	171
6. El escepticismo de los sofistas	183
7. La ficción escéptica	211
8. Los dos rostros de la poesía	235
9. Escepticismo y religión	247
10. Escepticismo y filosofía	265
11. Pirrónicos y pirronianos	325
12. Carnéades, el gran escéptico académico	347
13. Cicerón y los últimos académicos escépticos	379
14. Enesidemo, ¿verdadero fundador del pirronismo?	401
15. Las escuelas médicas y el escepticismo	431
16. El escepticismo bajo el Imperio romano	439
17. Sexto Empírico	459
18. Invitación al escepticismo	483
<i>Cronología de filósofos y otros personajes</i>	503
<i>Notas</i>	507
<i>Bibliografía</i>	525
<i>Sumario completo</i>	539
<i>Índice analítico</i>	547

Pirrón, Anaxarco y los filósofos desnudos de la India

La historia del escepticismo se inicia con un viaje en el que dos filósofos griegos acompañaron a Alejandro Magno hasta la India. Allí conocieron a unos sabios desnudos, llamados «gimnosofistas». Parece que aquel encuentro impresionó a uno de ellos, Pirrón, y se ha llegado a pensar que, entre las cosas que descubrió, estaba el escepticismo. Si eso fuera cierto, ese rasgo, que nos parece tan propio de la cultura occidental, habría sido importado de la India, célebre por su inmensa credulidad y su multitudinario panteón mitológico.

EL PRIMER ESCÉPTICO

Tú solo gobiernas sobre los hombres, a la manera del dios que gira rodeando la tierra toda, mostrando el perfil flamígero de su bien torneada esfera.

TIMÓN DE FLIUNTE acerca de Pirrón

El primer escéptico griego es Pirrón de Elis, que vivió entre los años 360 y 270 antes de nuestra era. Sus noventa años de vida¹ podrían ser un signo de lo saludable de la doctrina escéptica, si no fuera porque son muchos los filósofos de la Antigüedad que llegaron a edades muy avanzadas, como el atomista Demócrito, del que se dice que murió a los ciento cuatro años.

De Pirrón toman su nombre los escépticos pirrónicos, pero algunos creen que también influyó en los escépticos académicos. Timón de Fliunte, seguidor de Pirrón, acusó al director de la Academia platónica de su época, Arcesilao, de abandonar las ideas de Platón para adoptar las de su maestro. Más adelante, contaré esta curiosa historia de cómo la Academia de Platón, un lugar que suele identificarse con el dogmatismo, se precipitó en el escepticismo, pero antes hay que intentar resolver un primer enigma: ¿qué pensaba realmente Pirrón? Esta es una pregunta que lleva siglos inquietando a los filósofos y a los historiadores, y que todavía no ha sido resuelta.

La primera dificultad a la que tenemos que enfrentarnos es que no se conserva ningún escrito de Pirrón. Este es un problema con el que nos vamos a tropezar una y otra vez en nuestro encuentro con los primeros escépticos griegos, pues casi lo único que conservamos de estos pensadores son testimonios transmitidos por filósofos de escuelas rivales: estoicos, peripatéticos (seguidores de Aristóteles), epicúreos y, sobre todo, cristianos.

No resulta sencillo reconstruir un pensamiento perdido a partir de los ataques de sus enemigos, aunque, por fortuna, algunos autores citaron a sus rivales en innumerables ocasiones en su afán por rebatirlos. Un ejemplo notable es el del cristiano Orígenes, que quiso refutar uno de los primeros alegatos contra su religión, el *Discurso verdadero contra los cristianos*, escrito por el romano Celso. En su empeño, Orígenes lo citó tan profusamente que lo envió directo a la posteridad, evitando que se perdiera para siempre.

En el caso de Pirrón, el problema no es que se hayan perdido sus escritos, sino que no escribió nada, excepto un poema de alabanza dedicado a Alejandro por el que el conquistador macedonio lo recompensó con diez mil monedas de oro,² lo que parece un poco exagerado, a decir verdad. De ser cierto, le habría bastado para vivir despreocupadamente el resto de sus días, en especial teniendo en cuenta que parece que siempre llevó una vida frugal.³ Lamentablemente, el poema no se ha conservado. Y esto nos lleva a una nueva dificultad: los escépticos más célebres decidieron no escribir. Arcesilao, que inició la primera etapa escéptica de la Academia platónica, no escribió o quemó sus textos; Carnéades, al que muchos consideraron el pensador más extraordinario del helenismo, tampoco se dignó dejar sus ideas por escrito. Si quisiéramos añadir alguno más, podríamos mencionar al que muchos calificaron como el primer gran escéptico, Sócrates.

Algunos de estos pensadores tuvieron discípulos que se ocuparon de transmitir sus ideas: Pirrón tuvo a Timón; Carnéades, a Clitómaco, y Sócrates, a Platón, a Jenofonte, a Aristipo, a Antístenes, a Esquines y a unos cuantos más, que crearon tantas

escuelas filosóficas contradictorias que resulta muy difícil saber qué pensaba aquel Sócrates que se paseaba por Atenas buscando alguien a quien contradecir.

Con todas estas dificultades a la vista, regresemos a Pirrón y a lo que sabemos de su vida. Nos lo cuenta, como casi siempre, Diógenes Laercio en *Vidas de los filósofos más ilustres*. Pirrón nació en Elis y de joven quiso ser pintor,⁴ pero descubrió que no se le daba bien este arte, a pesar de que también se dice que su cuadro *Los portadores de antorchas* no carecía de mérito.⁵ Decidió entonces ser poeta. Parece que tampoco estaba muy convencido de sus dotes en el arte de versificar, o quizá decidió combinarlo con la filosofía, así que se hizo discípulo de Anaxarco de Abdera.⁶ Más adelante, nos preguntaremos si Anaxarco influyó en el escepticismo de Pirrón, pero lo que parece seguro es que lo hizo en un rasgo de su carácter que lo volvió célebre en la Antigüedad: la imperturbabilidad.

Pirrón, en efecto, tenía fama de ser imperturbable y de mostrarse indiferente ante cualquier cosa. Se dice que sus discípulos tenían que salvarle la vida a diario, pues era capaz de precipitarse en un abismo si nadie lo detenía. Al contrario que sucedía en anécdotas similares de otros sabios, como Tales de Mileto o los egipcios Imhotep o Nectanebo, que se cayeron a un pozo por mirar a las estrellas, es decir, debido a su insaciable curiosidad, los accidentes de Pirrón se debían a todo lo contrario: su invencible indiferencia hacia todo lo humano o divino. Pero esa imperturbabilidad de Pirrón no era nada comparada con la de su maestro Anaxarco, como enseguida descubriremos.

ANAXARCO, EL IMPERTURBABLE

Anaxarco nació en Abdera, una ciudad situada en la costa tracia, muy lejos de Atenas para las distancias de la época, aunque no tanto si el viaje se hacía por mar. Según la leyenda, Abdera fue fundada por Heracles en homenaje a un amigo llamado Abdero, que había sido devorado por las yeguas salvajes del rey

tracio Diomedes. El nombre de la ciudad es fenicio, y sabemos que había colonias del mismo nombre en diversos lugares, como España, así que es seguro que la ciudad fue fundada por este pueblo de navegantes, aunque se mezclara con una población tracia anterior. Los tracios eran conocidos en la Antigüedad por ser temibles guerreros, grandes bebedores y muy extravagantes. Antes del combate, practicaban un rito, que recuerda a la *haka* de los jugadores de *rugby* neozelandeses, que se llamaba «titania», porque los guerreros imitaban el llanto de los Titanes, aquellos primeros dioses que regían el cosmos, a los que Zeus y sus hermanos vencieron para ocupar su lugar. En la *Iliada*, los tracios aparecen como aliados de los troyanos, e incluso algunos han llegado a sugerir que Troya era una ciudad tracia.

Sin embargo, la historia de la ciudad de Abdera, poblada por tracios y fenicios, cambió cuando alrededor del año 540 a. C. recibió a los exiliados griegos de Teos, una ciudad de Asia Menor, en las actuales costas de Turquía, que había sido ocupada por los persas. Además de los exiliados de Teos, como el poeta Anacreonte, en Abdera nació un filósofo que en la Antigüedad fue quizá tan influyente como Sócrates. Estoy hablando de Demócrito, el creador del atomismo junto con Leucipo. Volveremos a encontrarnos con Demócrito varias veces a lo largo de este libro.

ALEJANDRO Y LOS FILÓSOFOS

Alejandro lloraba al oír a Anaxarco hablar sobre la infinitud de mundos y, cuando sus amigos le preguntaron qué le sucedía, dijo: «¿No es digno de llanto el que siendo infinitos los mundos aún no hayamos llegado a ser los amos de uno solo?».

PLUTARCO

Todo el mundo sabe que Alejandro Magno fue educado por Aristóteles. La coincidencia del mayor conquistador conocido

(con permiso de Gengis Kan) con el mayor filósofo de todos los tiempos siempre ha llamado la atención. ¡Qué momento único en la historia! ¡Qué oportunidad para convertir en realidad las ideas de *La república* de Platón!

Recordemos que Platón propone en *La república* que el Estado sea gobernado por los mejores, es decir, por los filósofos. El propio Platón intentó ejercer esa función al menos dos veces, junto con el tirano Dionisio II de Siracusa, pero fracasó en ambas y en una de ellas la cosa acabó tan mal que incluso fue vendido como esclavo (aunque, por fortuna, fue comprado y liberado).

Aristóteles estudió en la Academia de Platón, e incluso hizo sus primeros pinitos literarios y filosóficos con diálogos, a imitación de los de su maestro, que por desgracia no se conservan. Aunque confiaba en convertirse en escolarca, que es el nombre que recibía el director o jefe de la escuela fundada por Platón, no hubo suerte. Sin embargo, la fortuna sí lo favoreció de una manera inesperada, pues el rey Filipo II de Macedonia le propuso ocuparse de la educación de su hijo Alejandro. Como es obvio, en aquel momento no se podía adivinar que aquel muchacho acabaría convirtiéndose en un conquistador incomparable y que con solo treinta y tres años lograría extender su imperio hasta la India. Pero tampoco hay que pensar, como a veces se ha hecho, que Aristóteles consideró su estancia en Macedonia un destino cruel en un país de bárbaros, después de haber saboreado las primicias de la gran filosofía en Atenas.

En primer lugar, porque Aristóteles había nacido en una ciudad macedonia, Estagira, y hay que suponer que no extendía a sus propios compatriotas su conocido desprecio por los bárbaros, al contrario que muchos atenienses, que consideraban a los macedonios un pueblo bárbaro, o al menos no griego. En la actualidad, los griegos discuten que un país vecino haya adoptado el nombre de Macedonia, porque ahora consideran a los antiguos macedonios como griegos.

En segundo lugar, Filipo II de Macedonia, que había sido amigo de Aristóteles en la infancia, no era un reyezuelo provincial, sino uno de los estrategas y conquistadores más justamen-

te célebres que han existido. Todos los historiadores están de acuerdo en que las hazañas de Alejandro no habrían sido posibles si Filipo no hubiera preparado antes el camino, y en que, de no ser por la inesperada y misteriosa muerte de Filipo, tal vez habría sido él quien conquistara el Imperio persa. A pesar de que Filipo había destruido la ciudad natal de Aristóteles años antes, el filósofo aceptó la oferta de convertirse en tutor de Alejandro. Tiempo después, Filipo reconstruyó Estagira en agradecimiento por los servicios prestados por Aristóteles en la educación de su hijo.

En definitiva, Aristóteles viajó a Macedonia para educar a un muchacho en el que todos veían al heredero de un reino que parecía la única respuesta a la constante amenaza del Imperio persa. Aunque el orador ateniense Demóstenes clamaba todos los días contra el peligro que Filipo suponía para la libertad de las ciudades griegas, e incluso inventó el género de las filípicas, discursos incendiarios en los que se ataca a un político, eran muchos los que pensaban que lo más sensato era unir a todos los griegos bajo el mando del rey macedonio, como única solución realista para sobrevivir a una nueva invasión persa.

Cuando Aristóteles se convirtió en el tutor de Alejandro, todavía no había abierto su propia escuela, el Liceo, y su filosofía no estaba completamente definida. Hay que suponer que se trataba de algún tipo de platonismo, puesto que había estudiado veinte años en la Academia. Podemos pensar, en consecuencia, que Alejandro fue educado en las ideas expresadas por Platón en su *República*, y quizá en algunas como las que luego desarrollaría el propio Aristóteles en obras como la *Política*.

Cuando, años más tarde, el joven Alejandro emprendió su campaña contra los persas, se llevó con él —del mismo modo que dos mil años después lo haría Napoleón en su expedición a Egipto— a pintores, filósofos, poetas e historiadores, pero no a Aristóteles, que quizá ya era muy mayor para un viaje semejante. Eso sí, aceptó la sugerencia de que lo acompañase su sobrino Calístenes en calidad de historiador. Sin embargo, el conquistador prefirió como consejero y filósofo de la corte a

Anaxarco, o a pensadores de tendencias diferentes a las de su maestro Aristóteles, como el cínico Onesícrito.

ANAXARCO, INDIFERENTE Y ESCÉPTICO

Anaxarco fue uno de esos atomistas del siglo IV a. C. que parecen haber extendido las dudas de Demócrito sobre la confiabilidad en los sentidos a un tipo general de escepticismo.

LONG y SEDLEY

Al contrario que otros pensadores que acompañaron a Alejandro y que murieron por haber ofendido al conquistador, como el propio Calístenes, que se negó a postrarse ante él, por lo que fue encarcelado hasta su muerte, Anaxarco logró sobrevivir al fiero macedonio, a pesar de mostrarse en algunos momentos casi insultante con él, al manifestar un constante escepticismo acerca de que fuera un dios en la tierra. En una ocasión en la que vio que Alejandro sangraba por una herida reciente, dijo: «Eso que veo no es icor divino, sino sangre mortal». El icor es el líquido que corre por las venas de los dioses, así que el comentario de Anaxarco era insolente y ofensivo para un hombre que había decidido ser tratado como un dios, desde que los egipcios lo convirtieron en una encarnación de Amón y, más tarde, los babilonios y los persas también lo consideraran una divinidad. En otra ocasión, sonó un trueno y Anaxarco preguntó a Alejandro si él también podía lanzar truenos, a lo que el monarca respondió con humor que sí, pero que no quería asustar a los cortesanos. Finalmente, parece que durante una cena Alejandro se divirtió tirando manzanas a Anaxarco hasta que el filósofo se levantó y repitió un verso del *Orestes* de Eurípides: «Alguno de los dioses será herido por una mano mortal».⁷

Por desgracia, la imprudencia de Anaxarco le costó muy cara cuando ofendió al tirano Nicocreonte de Chipre. En un banquete en honor de Alejandro, cuando se sirvieron las vian-

das, entre ellas una cabeza de cerdo, Anaxarco afirmó: «Habría sido más adecuado servir la cabeza de un tirano», refiriéndose al sátrapa chipriota. Aquel día no sucedió nada, pero, tras la muerte de Alejandro, Anaxarco cayó en manos de Nicocreonte, que lo condenó a morir machacado en un mortero. Según se cuenta, el filósofo aceptó su destino con entereza y no se lamentó ni siquiera cuando empezó a recibir los primeros golpes. Incluso tuvo tiempo de decirle al tirano: «Es el cuerpo de Anaxarco lo que machacas, no a Anaxarco».

Como se ve, no exageré cuando dije que la imperturbabilidad de Anaxarco podría superar a la de su discípulo Pirrón. A pesar de este trágico final, Anaxarco siempre fue conocido como el Eudaimónico, es decir, 'feliz', porque creía que el fin de la vida es la felicidad, que solo se puede alcanzar mediante la indiferencia (adiaforia). Anaxarco es, en consecuencia, nuestro primer filósofo feliz y, muy probablemente, escéptico.

Ahora bien, se decía que la imperturbabilidad de Anaxarco se debía a unos misteriosos filósofos a los que había conocido en sus viajes con Alejandro: los filósofos desnudos.

FILÓSOFOS DESNUDOS Y MAGOS DE ORIENTE

Todos los que han escrito acerca de la India han preferido lo maravilloso a lo verdadero.

ESTRABÓN

Los gimnosofistas o filósofos desnudos que Alejandro Magno, Anaxarco y Pirrón conocieron en la India, así como los magos persas con los que sin duda también se relacionaron, siempre han despertado la curiosidad de los investigadores, pero son más las incógnitas que las respuestas fiables. Comencemos con los magos persas, que, en efecto, son el origen de los magos de feria o de salón y de los tres reyes magos que visitaron el portal de Belén.

Quizá algunos lectores se sorprendieron como yo al descubrir, en sus primeros encuentros con la historia universal, que

las guerras que los griegos mantuvieron con los persas no se llamaron «guerras persas», sino «guerras médicas». ¿Es que los griegos se enfrentaron a un ejército de médicos? ¿Es que hubo en la Antigüedad una disputa entre escuelas médicas semejante a la que hoy en día mantienen empresas farmacéuticas como Janssen o Pfizer? Por supuesto que no. Lo que sucede es que antes que el de Persia hubo otro imperio, el de Media, que fue el que estableció las bases para la posterior expansión persa. Los medos conquistaron muchas ciudades griegas de Anatolia (en la costa turca actual) o las sometieron a tributo, y esa es la razón por la que los griegos identificaron a los medos con sus inmediatos sucesores, los persas, y dieron ese nombre a las guerras médicas.

La confusión es bastante razonable, pues los pueblos medos y persas eran muy cercanos, ambos iraníes. Sin ir más lejos, a Ciro el Grande lo llamaban «mulo» por ser hijo de padre persa y madre meda. Pues bien, los historiadores creen que los magos (*magi*) eran una importante tribu meda y que, tras ser absorbidos por los persas, conservaron su prestigio como sacerdotes de Zaratustra. Algunos piensan que su estatus equivalía al de la casta de los brahmanes de la India, o quizá se tratase de una institución sacerdotal, como la de los flamines de Roma. La coincidencia entre brahmanes de la India, flamines de Roma y magos de Persia parece revelar un origen común: los persas y los medos adoraban a un dios que se manifestaba en forma de fuego ardiente o llama, semejante al dios indio del fuego del sacrificio, Agni, y los flamines eran los guardianes de la llama (*flama* en latín). De hecho, se sabe que existe relación etimológica entre *brahmán* y *flamen*.

Tal vez, a estas alturas, lector, has recordado a ese dios que se le apareció a Moisés en forma de llama y que le dijo: «Yo soy el que soy». ¿Existe alguna relación? ¿El dios de los judíos procede de los persas o los medos? Es posible, pero no seguro, pues las influencias del pueblo judío también provienen de Babilonia, de Egipto o de su vecina Fenicia, aunque en la Antigüedad se decía, por ejemplo, por Diógenes Laercio, que los judíos habían tomado su religión, al menos desde la época de

Moisés, de los magos persas.⁸ En cualquier caso, a pesar de que sin duda Anaxarco, Pirrón y otros filósofos cercanos al escepticismo, como Demócrito, se relacionaron con los magos persas, no he encontrado elementos que conecten de manera directa a estos sacerdotes con ideas escépticas.

Para acabar con las carambolas llameantes, Calano, el maestro indio de Anaxarco, al que pronto conoceremos, y de quien muchos creen que este aprendió su imperturbabilidad, se quemó a sí mismo en una pira funeraria. Entiéndase bien, no es que fuera incinerado tras su muerte, sino que ardió vivo en la pira, sin una queja. Se sabe que Alejandro no estaba allí ese día, pero es muy probable que sí estuviera Anaxarco, y hay que suponer que también su alumno Pirrón.

¿Y quién era Calano?

Aquí nos encontramos de nuevo con algunos indicios y muchas incógnitas, en este viaje en el que el misterio, lo contado a medias y la falta de información son una constante, como ya habrás observado, lector. No son malas características para una aventura escéptica en la que se duda y se mantiene siempre la sospecha de que la verdad permanece oculta bajo las apariencias, por otra parte, tan escasas. Pero intentaré recordar a continuación lo que sabemos de Calano y los filósofos desnudos o gimnosofistas.⁹

EL CÍNICO HUMILLADO Y EL BUEN SALVAJE SEDUCIDO

Cuando Alejandro Magno llegó a la India, se detuvo en la ciudad de su aliado, el rey de Taxila, y supo de la existencia de unos sabios que vivían retirados del mundo. Alejandro quiso conocerlos, pero, como estos no se dignaban visitar a nadie, quien quisiera hablar con ellos tenía que ir a su encuentro. Para solucionar este problema de egos enfrentados, pues el conquistador macedonio tampoco podía rebajarse a dar el primer paso, decidió enviar a uno de los filósofos de la corte para que visitara a aquellos sabios y le llevara noticias. Eligió a Onesícrito, de la escuela cínica, tendencia filosófica que al parecer

gustaba mucho a Alejandro desde que conociera en Corinto al sabio Diógenes, que vivía en un tonel. Alejandro le dijo que le pidiera cualquier cosa que deseara, pero Diógenes se limitó a responder: «Apártate, que me estás tapando el sol». El conquistador macedonio sintió tanta admiración hacia él que exclamó: «Si no fuera Alejandro, me gustaría ser Diógenes». En Taxila, sin embargo, fue el cínico Onesícrito quien recibió el desprecio de los misteriosos sabios, que, sentados, de pie o tumbados, completamente desnudos, se mantenían imperturbables bajo un implacable sol. Onesícrito se acercó a uno de ellos, que estaba tumbado sobre duras piedras ardientes, y le dijo que venía de parte del gran rey Alejandro para conocer su sabiduría y transmitir sus enseñanzas. El indio lo miró de arriba abajo, con sus botas, manto y sombrero de ala ancha, y le contó la historia de la decadencia del mundo:

En tiempos antiguos el mundo estaba lleno de harina de cebada y harina de trigo, como ahora de polvo; y entonces manaban fuentes, unas con agua, otras con leche y lo mismo con miel, y otras con vino, y algunas con aceite de oliva; pero, a causa de su glotonería y lujo, el hombre cayó en una arrogancia sin límites. Pero Zeus, odiando este estado de cosas, destruyó todo y asignó al hombre una vida de trabajo duro. Y, cuando reaparecieron el dominio propio y las demás virtudes en general, volvió a surgir una abundancia de bendiciones. Pero la condición del hombre ya se acerca a la saciedad y la arrogancia, y existe el peligro de la destrucción de todo lo que existe.¹⁰

Como es obvio, este hombre, que es el Calano que estábamos buscando, no dijo «Zeus», sino que mencionó a algún dios del pobladísimo panteón indio, quizá Indra o, con menos probabilidad, Brahma. Después de aquel breve discurso lanzado a bocajarro, Calano ordenó a Onesícrito que se desnudara, como ellos, y se tumbara sobre las piedras, si es que quería aprender algo. Desnudarse en público no debía de ser difícil para un filósofo cínico, ya que los seguidores de esta escuela solían escandalizar a todo el mundo con su libertad de costumbres y

falta de prejuicios, pues eran capaces de hacer el amor o incluso de defecar en público, pero lo de tumbarse sobre las piedras le hizo dudar. Fue entonces cuando intervino el más anciano de los sabios, un tal Dandanis o Mandanis, que regañó a Calano, quien, a pesar de censurar la arrogancia de la humanidad, se había mostrado soberbio con el visitante griego.

Mandanis elogió al rey Alejandro por querer aprender, a pesar de gobernar un imperio inmenso, y aseguró que era el primer filósofo armado del que había oído hablar. Incluso añadió que, si hubiera más reyes como él, el mundo sería un lugar mucho mejor, pues enseñarían a los demás a tener autocontrol, o se lo impondrían si fuera necesario, valga la paradoja de un autocontrol ordenado por un rey, como aquella historia del terapeuta que le dice a su paciente «¡Sé espontáneo!».¹¹ Por desgracia, dijo Mandanis, era difícil que sus enseñanzas llegaran con pureza hasta Alejandro, pues tenían que atravesar el filtro de tres intérpretes, lo que sería «como confiar en que fluyera agua cristalina tras atravesar barro puro».¹²

Siempre ha llamado la atención que Mandanis hiciese referencia a tres intérpretes. ¿Realmente eran necesarios tantos para entenderse? La razón, explica William Thayer,¹³ es que quizá hubiesen tenido que recurrir a una traducción de *relevos*, porque ninguno de los que estaban allí conocía al mismo tiempo la lengua de Mandanis y la de Onesícrito, es decir, una lengua india y el griego. Así que se necesitaba a uno que tradujera la lengua de los sabios quizá al sánscrito, un segundo que hablase sánscrito y persa, y un tercero que conociera el persa y el griego. Además, tal vez Mandanis se refería no solo a la necesidad de entender las tres o cuatro lenguas empleadas en aquella conversación, sino a que también había que descifrar el significado filosófico de lo que él decía, de lo que el intérprete entendía y traducía a su manera y de lo que Onesícrito entendía, no sabemos si en griego o tal vez en persa, en función de sus conocimientos. Es decir, como señala Thayer, no solo había que entender las palabras, sino los conceptos filosóficos expresados.¹⁴

Si había tres intérpretes en aquel lugar, quizá intuyeran lo que los sabios de Europa descubrirían veinte siglos después:

que el persa, el griego, el prácrito, el sánscrito y otros idiomas de la India estaban emparentados. Tal vez, quién sabe, les sorprendiese encontrar semejanzas entre lenguas tan distantes como el griego y las de la India; por ejemplo, en palabras como *pater* y *pitar* ('padre'), *meter* y *matar* ('madre') o *trias* y *truas* ('tres').

Pues bien, una vez que lograron entenderse de una manera u otra, Mandanis le dijo a Onesícrito que la mejor enseñanza es la que quita el placer y el dolor del alma, y que el dolor y el trabajo (¿esfuerzo?) son muy diferentes, porque el dolor es enemigo del hombre, pero el trabajo es su amigo, ya que, mediante el esfuerzo, el espíritu del hombre se fortalece y de este modo puede poner fin a las disputas y dar buenos consejos. Después, le preguntó a Onesícrito si los griegos tenían costumbres parecidas a las de ellos, y el cínico dijo que las doctrinas de Pitágoras eran semejantes, y que también recomendaba que no se comiera carne (se supone que eso hacían también Mandanis y los suyos), en lo que coincidían tanto su propio maestro, Diógenes el Cínico, como Sócrates. Esto complació mucho a Mandanis, que dijo que los griegos eran sabios, aunque se equivocaban al hacer prevalecer la costumbre sobre la naturaleza, porque, de no ser así, no se avergonzarían de ir desnudos y vivir con pocos medios, como ellos, pues la mejor casa es la que no necesita reparaciones.

Como varios de estos rasgos coinciden con las ideas cínicas, se sospecha, ya desde la Antigüedad, que Onesícrito no fue un cronista fiel y que adaptó un poco las palabras de Mandanis a su propia manera de pensar. Pero también es cierto que muchos pensadores de la India solían vivir en el bosque en aquellos tiempos, al margen de la sociedad, como los cínicos, e incluso se supone que era algo relativamente frecuente.

Onesícrito también contó que estos sabios investigaban los fenómenos naturales, hacían pronósticos acerca de las lluvias y las sequías y eran capaces de curar enfermedades. Le dijeron que, cuando visitaban las ciudades, elegían aquello que les gustaba, como higos y uvas, y que todo el mundo se lo entregaba voluntariamente, felices de alimentar a aquellos santos varones. Pero lo que más les gustaba era ungiarse con aceite: sentían

una verdadera fascinación por los líquidos oleosos. Además, los recibían hospitalariamente en cualquier casa y compartían comidas y conversaciones con los anfitriones, e incluso les permitían visitar las habitaciones de las mujeres. Hay que aclarar que no parece que fuese para que practicaran sexo con ellas, sino, al contrario, por la confianza que se les tenía y quizá por su castidad. Por último, consideraban vergonzosa la enfermedad del cuerpo, por lo que, cuando sospechaban que estaban enfermos, se suicidaban en una pira funeraria, donde ardían vivos en las llamas. Y morían sin quejarse y ni siquiera moverse.¹⁵

LO QUE CALANO CONTÓ A ANAXARCO Y PIRRÓN

Se sabe que Calano vivió varios años en la corte de Alejandro y que lo acompañó en sus viajes. En aquellas fascinantes asambleas de filósofos que debieron de tener lugar, en las que discutían cínicos, como Onesícrito, democríteos o atomistas, como Anaxarco y su discípulo Pirrón, o seguidores de Aristóteles, como su sobrino Calístenes, parece que Pirrón quedó muy impresionado por el sabio indio. En una ocasión, Anaxarco aduló a Alejandro, algo impropio de él hasta entonces, pues ya hemos visto que se había atrevido a decirle que por sus venas no corría sangre divina y le había reprochado en un banquete servir la cabeza de un cerdo en vez de la de un tirano. Sin embargo, cuando en un arrebato de cólera Alejandro mató a su amigo Clito el Negro y después se lamentó amargamente, Anaxarco lo consoló y le dijo que el monarca es quien establece la legalidad, e incluso la moralidad. Tal vez en aquella ocasión Anaxarco decidió ser prudente y no convertirse en la siguiente víctima del conquistador, que perdía cada vez más a menudo el autocontrol que tanto había alabado el indio Mandanis. Parece que, a partir de ese momento, el filósofo ya no se atrevió a ejercer de censor moral del tirano. Fue entonces cuando Calano dijo a Anaxarco que no podía predicar la virtud siendo un cortesano. Este reproche impresionó a Pirrón, y quizá lo impulsó a cambiar de vida, pues al fin y al cabo él también era un filósofo.

fo cortesano que había ganado diez mil monedas por escribir un poema para Alejandro.¹⁶

Tiempo después, Calano enfermó, así que, siguiendo la costumbre que le habían contado los gimnosofistas a Onesícrito en su primer encuentro, decidió quemarse en una pira. Pidió permiso a Alejandro para hacerlo y, aunque el macedonio intentó impedirlo al principio, acabó autorizando el rito. Sabemos que el día que Calano se quemó en la pira, Alejandro estaba en otro lugar, pero es posible que Pirrón y Anaxarco asistieran al acontecimiento.

Apenas treinta años después del encuentro con los gimnosofistas, Megástenes, embajador del reino de Seleuco I, monarca griego heredero de las tierras de Alejandro fronterizas con la India, cuenta que el suicidio no es una obligación entre los filósofos indios y que los que se suicidan son considerados culpables de caer en una fogosidad propia de la juventud. Explica Megástenes que algunos se ahorcan, otros se arrojan por un precipicio y los más fogosos, como Calano, prefieren arder en las llamas. Así que, en este juego de reproches para demostrar quién es más indiferente a las pasiones, Megástenes nos revela que muchos consideraban a Calano un hombre sin dominio propio, sin autocontrol, esa virtud que Onesícrito asegura que fue lo primero que Calano mencionó. Además, los sabios indios reprochaban a Calano haberse convertido en un esclavo de la mesa de Alejandro, al contrario que Mandanis, quien, además de mostrar su indiferencia a las tentaciones, cuando en una ocasión recibió la orden de acudir a la corte de Alejandro, hijo de Zeus, para recoger los regalos que el rey quería entregarle, pues lo castigarían si no lo hacía, respondió que, en primer lugar, Alejandro no era hijo de Zeus y que su imperio solo era una porción diminuta de la tierra. Además, añadió que no tenía ninguna necesidad de sus regalos ni temía las amenazas, porque la India le proporcionaría alimentos mientras viviera, y cuando muriera se libraría de su cuerpo mortal y alcanzaría una vida mejor y más pura. Cuando Alejandro recibió esta respuesta, elogió al sabio y no tomó ninguna medida contra él.

¿QUIÉNES ERAN LOS GIMNOSOFISTAS?

En cuanto a quiénes eran estos gimnosofistas y a qué escuela o tendencia filosófica pertenecían, se han aventurado muchas hipótesis, algunas fantasiosas, otras moderadas, que los identifican con los budistas, los jainistas o con el tipo de pensamiento reflejado en los extraordinarios textos filosóficos conocidos como *Upanisads*. Ninguna de las conclusiones es definitiva, pero entre las más plausibles está que fueran budistas o incluso escépticos o materialistas, conocidos como carvaka o lokayata. Lo menos probable es que fueran hinduistas. Christopher I. Beckwith publicó un libro de título provocador, *Greek Buddha*,¹⁷ en el que asegura que Pirrón había tomado sus ideas del budismo y muestra algunas coincidencias llamativas, como la presencia de la fórmula lógica conocida como «tetralema», que en la India recibe el nombre de «catuskoti»:

A existe.

A no existe.

A existe y no existe.

A ni existe ni no existe.

Esta fórmula se puede tomar en sentido positivo, aceptando que una cosa o una cualidad cumple una de esas cuatro posibilidades, pero en sentido escéptico consiste en negar que una cosa sea cualquiera de esas opciones. Se trata de una negación absoluta, diciendo que algo no cumple ninguna de estas cuatro condiciones: ser verdadero, ser falso, ser al mismo tiempo verdadero y falso, y no ser ni falso ni verdadero. Beckwith supone que Pirrón propone el tetralema en un texto que examinaremos más adelante: EUSEBIO DICE QUE ARISTOCLES DICE QUE TIMÓN DICE QUE PIRRÓN DICE.*

En cualquier caso, autores como Monte Ransome Johnson y Brett Shults opinan que los argumentos de Beckwith están lejos de resultar convincentes. Espero ocuparme de estas

* Capítulo 11, pág. 332.

cuestiones en una investigación futura acerca del escepticismo indio.

PIRRÓN, EL INDIFERENTE

Pirrón afirmaba que no había diferencia entre la vida y la muerte. Y cuando alguien le preguntó: «¿Por qué, entonces, no te mueres?». Respondió: «Porque no hay diferencia».

ESTOBEO

Se cuenta que Anaxarco se cayó en una zanja en una ocasión y que Pirrón no hizo nada para ayudarlo. Cuando logró salir, Anaxarco elogió a su discípulo por su indiferencia.¹⁸

Este es uno de los ejemplos que se contaban de la indiferencia con la que se portaba Pirrón tras observar la templanza ante las pasiones humanas del indio Calano, aunque estas virtudes también pudo haberlas aprendido de Anaxarco. A su regreso a Grecia, se estableció en Elis, donde fue muy admirado, pues se le hizo una estatua, según cuenta Pausanias, y fue nombrado sumo sacerdote.¹⁹ Conforme a diversos testimonios, parece que siguió los preceptos de los gimnosofistas, en especial ese rasgo de mantenerse indiferente ante lo bueno y lo malo y ante las preocupaciones humanas. Vivió en una casa modesta con su hermana, que era partera, y él mismo se ocupaba de lavar los cerdos o de llevar los pollos al mercado. Tenía la costumbre de salir a pasear y se perdía en los bosques, sin avisar a nadie de dónde estaba. También solía continuar hablando como si nada, aunque todo el mundo se hubiera ido y estuviese a solas.

Aunque ya hemos visto que se contaba que sus discípulos tenían que salvarlo de caer por un barranco,²⁰ parece que se trata de una exageración o una caricatura, pues resulta bastante improbable que nunca evitara el peligro cuando estaba solo y que, sin embargo, llegara a vivir noventa años. Algunos creen que la anécdota es una mala interpretación de lo que quizá

fuera una lección de Pirrón a sus alumnos, en la que fingía que se iba a caer por el precipicio para hacerlos reaccionar.²¹ Por otra parte, se cuentan algunas anécdotas en las que Pirrón abandona su impasibilidad. En una ocasión alguien insultó a su hermana o quiso agredirla y él la defendió.²² Cuando se lo reprocharon, respondió que la indiferencia no tenía que aplicarse ante una mujer indefensa.* En otra ocasión, lo atacó un perro y, asustado, se subió a un árbol o un tejado para ponerse a salvo. Cuando se lo reprocharon, Pirrón dijo que no era tan fácil librarse de las pasiones humanas.²³ Para compensar estos momentos de debilidad, también se dice que aguantaba que le cauterizaran una herida sin parpadear siquiera.²⁴ También se cuenta que, estando en un barco bajo una tormenta, al ver que todos los pasajeros estaban asustados, pero un pequeño cerdito seguía comiendo sin preocuparse por nada, lo puso como ejemplo a sus compañeros de viaje.

Tras conocer al que muchos consideran el primer escéptico, Pirrón de Elis (aunque volveremos a encontrarnos con él más adelante), podemos dejar la región del Peloponeso y visitar Atenas, donde nos encontraremos con la otra gran corriente escéptica de la Antigüedad, la de los académicos.

* La transmisión de esta anécdota es confusa y no está del todo claro si Pirrón defendió a su hermana o si se enfadó con ella.